

EN HOMENAJE AL PROFESOR

HENRY ERNEST SIGERIST *

(1891-1957)

DR. J. J. IZQUIERDO

EL DISTINGUIDO médico humanista, Doctor Henry Ernest Sigerist, nombrado *Socio Honorario* por nuestra Academia desde 1937, cuando ya tenía ganada indiscutible reputación científica como cultivador de la historia de la Medicina (esta *Gaceta*, tomo 68 (1938) pp. 194-96), al cabo de varios años de adversa suerte y de enfermedad, que le impidieron llevar a término una gran obra que esperaban con ansia los estudiosos de todo el mundo, acaba de fallecer el 17 de marzo del año en curso, en el pequeño poblado suizo de Pura, no lejos de la frontera con Italia. Cumplo con el penoso deber de dar cuenta a ustedes de su extinción, y ante la imposibilidad de hacer un examen detallado de su obra vastísima, me limitaré, para rendir devoto homenaje a su memoria, a bosquejar las etapas principales y los puntos más salientes de su brillante carrera.

Hijo de padres suizos, nació en París el 7 de abril de 1891, y después de que con su familia pasó a Zurich, en 1904 inició sus primeros estudios en el *Gymnasium* humanístico de dicha ciudad. Allí mismo, en la Universidad local, en 1910, y en Londres en 1911, inició los estudios de filología oriental. De 1912 a 1917 hizo la carrera de Medicina, parte en Munich y parte en Zurich, y en ésta obtuvo su grado. (Sobre esta primera etapa formativa de su vida, véase el tomo VIII del *Bulletin of the History of Medicine*, pp. 3-27).

* Leído en la sesión del 15 de mayo de 1957.

Siendo estudiante de medicina, se formó el designio de dedicarse a la historia de la medicina, para con ello lograr cultivar simultáneamente sus aficiones por la Medicina, la Historia y el Arte. Pero como al sobrevenir la Guerra Mundial (1914-1918) tuvo que ingresar al Cuerpo Médico Militar Suizo, esto le dió oportunidad que después siempre celebró, de participar en la ejecución de numerosos trabajos de higiene pública, y de ponerse en contacto con las clases trabajadoras. A la terminación de la guerra, decidió poner en práctica sus proyectos, a pesar de que según sus maestros, era un verdadero disparate que se dedicara a lo que les parecía un capricho propio para médicos ya retirados de la práctica. Sin embargo, por efecto de los estudios preliminares que ya había venido haciendo, se sentía convencido de que así como el ataque de cualquier problema científico, debe comenzar siempre por el de sus aspectos históricos, también en los de la historia, deben tomarse en cuenta sus aspectos relacionados con las ciencias, sin los cuales toda interpretación resulta fragmentaria y errónea. Ya también entreveía que gracias al nuevo y más amplio sentido en la historia de la medicina, debía recurrirse a aquélla como valioso auxiliar para llegar a resolver los problemas de la Medicina Social.

Para aprender muchas de las cosas que bien comprendía que todavía ignoraba, ingresó en 1919 al *Instituto de Historia de la Medicina*, que seguía dirigiendo su fundador en 1905 Karl Sudhoff (1853-1938). Era sin duda, en aquel tiempo, el mejor centro para los estudios y las investigaciones a que se pensaba dedicar, y Sudhoff, con correr la aventura de renunciar al ejercicio profesional, para edificarlo, no sólo había creado un campo para sus propias actividades, sino que con su recia personalidad, venía atrayendo a él a investigadores de todo el mundo. Sigerist encontró en él, además del maestro, a un verdadero padre, a cuyo lado permaneció tres años, en las más gratas y provechosas relaciones. Regresó en 1921 a la Universidad de Zurich, para empezar a enseñar allí Historia de la Medicina, pero en 1925, por invitación de Sudhoff, volvió a Leipzig, para sucederlo en la cátedra.

De sus fecundas actividades durante los siete años (1925-1932) que dirigió el Instituto de Leipzig —evocadas por él hacia el fin de su vida (*Wissenschaftliche Zeitschr. der Karl-Max-Universität, Leipzig, 5 Jahrgang, 1955/56*, pp. 17-21), resulta imposible dar cuenta en esta nota, ya que consistieron en 10 libros, de los cuales uno de ellos (*Einführung in die Medizin*) fué traducido a cinco idiomas; en 15 prefacios para otros tantos libros, y en 73 trabajos, 10 de los cuales fueron objeto de reimpressiones o de traducciones. Además, fué editor o coeditor de 10 libros y de varias revistas.

William H. Welch (1850-1934) viajaba por entonces por Europa, en busca de libros para el Instituto de Historia de la Medicina que había proyectado y logrado inaugurar en 1929 en la Universidad de Johns Hopkins, en Baltimore, a la cual estaba ligado desde 1884. Se encontró a Sigerist en Leipzig, y lo invitó a que pasara a los Estados Unidos con el carácter de conferencista visitante, y mientras estaba allí (1931-32) lo invitó a ser su sucesor en su Instituto.

Sigerist se hallaba grandemente impresionado de la gran nación norteamericana, porque en ella se había encontrado instituciones democráticas que le eran muy caras, y Universidades seriamente empeñadas en elevar sus modelos de escolaridad y en llevar adelante la antorcha del saber, en un tiempo en que las instituciones europeas parecían desmoronarse agobiadas por la política o por la ruina de las finanzas. Se había encontrado con que allí ya se reconocía la importancia de la Historia de la Medicina, y se discutían los problemas de la Medicina Social. Lo que más le atraía, era el dinamismo de América y su valiente actitud experimental, diametralmente opuestos al aire de suficiencia y al fosilizante espíritu de superioridad, con que a cada paso se tropezaba en Europa. Pero como no podía resolver sin contar con la aprobación de su Ministerio, regresó a Alemania, para solicitarla.

Se encontró con que los pocos meses de su ausencia habían sido suficientes para que las condiciones del país hubiesen ido, tan de mal en peor, que ya era evidente que los días de la libertad académica estaban contados. Su nombre aparecía en todas las listas negras, y un buen día se vió sacado por la fuerza del auditorio en que enseñaba, "por dos nazis gordos y de brillante uniforme". Fortuna grande, a la par que salvación, fué el que por segunda vez, otro gran historiador de la Medicina le tuviera ya hecha la invitación para sucederlo en una de las escuelas médicas más importantes del mundo, en una Universidad justamente famosa por su escolaridad y por su espíritu liberal.

Así fué como Sigerist llegó a Baltimore en 1932, para entregarse con entusiasmo a las tareas de Profesor de Historia de la Medicina de la Universidad de Johns Hopkins; de Director de su instituto relativo, y de director del importante *Bulletin of the History of Medicine*, que desde su llegada fundó. Dos trabajos enviados para el tomo 5 (1937) de esta publicación por quien esto escribe, fueron el principio de una larga relación de por vida, reforzada tempranamente por la generosa admisión (1940) a la *American Association of the History of Medicine*. Deseaba por entonces Sigerist celebrar un Congreso Panamericano de Historia de la Medicina, en sustitución de los internacionales, que no podían reunirse debido a la segun-

da guerra mundial, y como deseaba que fuera celebrado en México, hice que me enviara cinco comunicaciones al respecto, que presentadas a otras tantas dependencias oficiales, fueron vistas sin el menor interés.

Para que se aprecie la imposibilidad de dar cuenta de las numerosas producciones del Instituto de Baltimore, durante los 15 años (1932-1947) en que estuvo dirigido por Sigerist, bastará hacer notar que fueron en número de 457 y debidas a 23 autores, y que de ellas, 195 artículos y 23 libros fueron obras de Sigerist. Acerca de unos y otros deberá consultarse el tomo XXII del *Bulletin* (1948) pp. 10-93.

En 1947 Sigerist tuvo que abandonar el Instituto de Baltimore, y sus amigos y colaboradores le dieron una gran cena de despedida, para apreciar diferentes facetas de sus actividades y testimoniarle su admiración (*Ibid*): Leslie A. Talk, habló en nombre de sus discípulos; Stuart Mudd comentó su interés por la Medicina Soviética, a la cual había dedicado su libro *Socialized Medicine in the Soviet Union* (1937); Richard H. Shryock y Alan Gregg, se ocuparon de las influencias que había ejercido sobre la historia de la medicina americana, a la cual había dedicado otro libro, originalmente en Alemán (1934) (*Amerika und die Medizin*), traducido al inglés al año siguiente; Arturo Castiglioni y Jorge Sarton, exaltaron sus méritos como historiador de la medicina, y como amante cultivador de la escolaridad, agregando Sarton que su alejamiento le era todavía más sensible, porque veía que los estudios humanísticos peligraban en América.

Entre lo mucho que dijo (*Ibid*) para responder a todos los que habían hablado, refirióse Sigerist a las alusiones hechas sobre su interés por la medicina soviética, y manifestó que le había acarreado "las mayores controversias, porque había sido mal entendido". Ciertamente era que durante su estancia en los Estados Unidos había ido en tres veranos a la Unión Soviética, pero lo había hecho tan sólo como historiador de la medicina, al sentirse obligado a ponerse en contacto con la medicina social que estaba siendo practicada en una sexta parte de las tierras habitadas. A su regreso había relatado ingenuamente lo que había visto y lo que sobre ello pensaba, pero muchos de sus colegas, por toda respuesta lo habían insultado "como si fuera un rojo, o por lo menos un tonto, que había sido engañado". Las dificultades habían aumentado, porque aunque en un principio había recibido grandes ayudas para crear y sostener la *Sociedad Americano-Soviética* y su periódico *American Review of Soviet Medicine*, dichas ayudas sólo habían durado "mientras la URSS fué el más poderoso aliado de los EE. UU." y "hasta que los rusos derrotaron a los alemanes en su frente", pero después "la opinión pública había cambiado repentinamente". No llegó a decir que todas estas dificultades hubiesen tenido que ver con su aleja-

miento, pero agregó que "si abandonaba una cátedra de grande prestigio; un instituto que había equipado y construído en gran parte con sus manos; una Universidad a la que se sentía muy ligado, y la cómoda seguridad de su posición académica, no lo hacía a la ligera, obligado por el acicate del momento, sino más bien como fruto de largas y serias consideraciones". Y como había comprendido que ya debía dar comienzo a dos obras cuya realización se había señalado a los cincuenta años, y que eran una extensa *Historia de la Medicina* y una *Sociología de la Medicina*, a fin de poder empezar a prepararlas se retiraba a Pura, sosegado rincón de la pequeña Suiza, patria de su familia desde 1545, y de la de su esposa, desde 1385. Aparte del número especial dedicado a Sigerist por el *Bulletin* en su tomo XXII (1948), G. Zilboorg y M. I. Roemer le dedicaron sendos artículos en el *Journal of the History Medicine and allied Sciences*, tomo II (1947).

Ya en Pura, me escribió Sigerist que habiendo ya recibido 180 cajas con sus libros y sus notas, se disponía a empezar a escribir la *Historia*, que la Oxford University Press esperaba publicar en 8 tomos, a partir de 1950. Sin embargo, el primer tomo, dedicado a la medicina antigua y a la arcaica, no apareció sino hasta 1951, con un prefacio de John F. Fulton, en el cual volvía a expresar el general reconocimiento de los estudiosos por las benéficas enseñanzas de sus libros y trabajos, y por haber recibido de él, el "moderno credo del humanismo". En agosto de 1953, al enviar sobretiros de algunas notas breves, explicó que estaba impedido de preparar artículos de mayor extensión, por las tareas relacionadas con la terminación del segundo tomo de la *Historia*, cuya publicación se había atrasado debido a que por comprender la medicina hindú, le había planteado problemas para cuyo estudio había tenido que acudir a fuentes originales, lo cual le había obligado a dar un buen repaso a su sánscrito.

Ya para terminar el que suscribe, *Montaña y los orígenes del movimiento social y científico de México* (1954), recordó que teniéndose propuesto Sigerist, para escribir su *Historia*, contemplar a la Medicina dentro del vasto escenario de la historia general, con el fin de señalar cuál era el papel que había correspondido a las ciencias médicas, entre todas las fuerzas que habían determinado el progreso de la humanidad, pensó que nadie mejor que él podría adornar la obra con un *Prefacio*. Aceptó hacerlo (junio de 1954) a pesar de sus apremiantes tareas y en consecuencia, después de leer íntegramente el original, encontró fascinante que se hubieran combinado en un estudio del proceso de la emancipación de México, los aspectos político, de la ciencia y de la medicina; calificó de excelente la idea de que para pintar los orígenes del movimiento social y científico de México, se hubiera hecho un examen crítico de la vida y de las obras de un hombre

tan extraordinario como fué Montaña: opinó que la obra era contribución importante, tanto para la historia de la medicina, como para la de la América en general, y envió al autor "un gran apretón de manos a través del océano". Es casi seguro que este fué el último de los prefacios que escribió.

Poco después empezó a padecer algunos ataques de *angina pectoris*, que aunque calificados de ligeros, fueron dolorosos. Nuestro distinguido colega,



HENRY E. SIGERIST

de una fotografía tomada en 1955, en
Pura.

antiguo discípulo suyo, Erwin H. Ackerknecht, me comunicó que en octubre de 1954 su maestro había tenido una apoplejía fulminante, con parálisis total del lado derecho y afasia, de la cual, para febrero de 1955, avisó que se iba recuperando notablemente, pues caminaba, dictaba sus cartas y las firmaba. En septiembre de 1955, después de pasar tres días con su maestro, escribió Ackerknecht que lo había encontrado en situación "paradojal y dolorosa": miembros completamente recuperados y la cara mejor aún que dos años antes, pero la capacidad para hablar, considerablemente perturbada, lo cual hacía que el trabajar, que tan grato le era, le resultara en extremo difícil. Quizá en esa época se le tomó la fotografía que aquí se reproduce.

A fines de 1955 y principios de 1956, aparecieron sus dos últimos trabajos: el ya citado, con las reminiscencias de sus años de Leipzig, y otro (*Internat. Record of Medicine and General Practice*, vol. 168, pp. 609-15) para aconsejar a los médicos, en primer lugar, cómo vencer las dificultades que pasan para expresar por escrito sus trabajos y experiencias, y en segundo lugar, para que por muy limitados que estén de tiempo, no dejen de leer diariamente, pero no para matar el tiempo, que dada la cortedad de la vida no es posible que inconscientemente lo dejemos correr, sino para cumplir con la múltiple finalidad de aprender a expresarse mejor y a formular juicios más correctos; de lograr que sus vidas sean mejores y más llenas de sentido; para convencerse de que no tiene objeto la acumulación de bagatelas técnicas o de bienes materiales en general, porque vale mucho

más tratar de ser sabio, y no rico, en vez de empeñarse en llegar a ser el cadáver más rico de un cementerio; para aprender, en suma, que la libertad es cosa del individuo, con la que nada tienen que ver las instituciones políticas, pues libre es tan sólo quien se ha liberado de las necesidades materiales y de las pasiones, como esclavo es el que no deja de estar lleno de ambiciones y de odios, aunque se ufane de vivir en un llamado mundo libre. Con estos conceptos destinados a sus colegas de la profesión médica, que eran el fruto de las experiencias de su propia vida, Sigerist se acercaba a su fin. Todavía a principios de este año, envió con dedicatoria holografa, su último pequeño libro *Landmarks in the History of Hygiene* (1956), salido de la Oxford University Press, con 5 conferencias que había leído en 1952, en la Escuela de Higiene y de Medicina Tropical, de Londres, y como en el prólogo anunció que seguía escribiendo la esperada *Historia*, a pesar de que lo probable era que lo hubiera escrito en el año de las conferencias, por darle ánimo le escribimos para desearle feliz continuación y remate de sus tareas. Estéril voto, porque a los pocos días murió, cuando se iba acercando a los 66 años de su edad. Al quedar tronchadas las esperanzas de todos los que aguardábamos ver que terminaba en buena salud la gran *Historia de la Medicina*, en ocho tomos, nos queda la nueva esperanza de que haya podido dejar ya escrita una buena parte de la obra, y trazado el plan y ordenado los materiales para la terminación del resto por alguno de sus discípulos que más lo quisieron y mejor se identificaron con sus métodos de trabajo. Quizá se empeñe en hacerlo Erwin H. Ackerknecht, desde hace poco su sucesor en la cátedra de Zurich, servida por Sigerist de 1921 a 1925, para dar principio a su carrera.